



EL PILLIN

Periódico satírico-cómico-literario, ilustrado

Jm

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRICION

Seis meses... .. Ptas. 2'50
Un año. » 5'
Numeros atrasados. » 0'25
Anuncios á precios convencionales

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

LIBRERÍA PARERA

Teléfono 199

5, Rambla de Canaletas, 5

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

Seis meses... .. Ptas. 3'
Un año. » 6'
Numeros atrasados. » 0'25
Anuncios á precios convencionales

LA VIUDITA.—Por L. Morell



—¿Murió tu esposo?
—¡Ay, que triste,
quedar tan sola!..
—¡Resignación!

—¡Ay chica; tenía él cosas
de tan difícil
sustitución!...

¡PERDÓN!

La conciencia soberana
ha optado por el perdón,
EL PILLIN contento grita:
¡que viva la compasión!

TONTOS

Don Restituto, que es un hombre reposado, de mucho carácter y bondadoso hasta lo sumo, que se preocupa por una insignificancia cualquiera, dando á los hechos y á las cosas una importancia que en realidad no tienen, cogióme el otro día, y con acento pausado, ademán expresivo y mirada semi-penetrante, cosas todas en él peculiares, díjome sin duda alguna por decir algo:

—Decididamente, amigo mío, el mundo es un hervidero de tontos.

—Hombre, le repliqué sonriendo: primeramente habríamos de saber á qué clase de tontos V. se refiere al sentar esa opinión que no me atrevo á combatir en absoluto.

—¿Es que V. cree, contestó el buen hombre, que hay varias clases de tontos en el mundo, señor mío?

—No sólo varias, sino infinitas, son á mi entender las especies en esa familia que V. ha citado.

—Bah!, hombre! Yo no conozco más que una definición sola y exclusiva, y en ella incluyo á todos esos buenos sujetos, que individualmente poco valen y pueden, aunque colectivamente ejerzan una influencia más ó menos marcada en ciertas ó en todas las cosas, si V. quiere.

—No lo entiendo así, me apresuré á decirle. Convenga V. en que si se estableciese un solo nombre y una sola significación en eso, necesariamente los que en sentido opuesto figurasen debieran entrar en el número de los sabios; en cuyo caso V. y yo, que como otros muchos, no podemos tener la pretensión de pertenecer á este último grupo, resultaríamos, por consecuencia lógica, contaderos en el número de aquellos. Es decir, que seríamos tontos de derecho; cuyo título, á pesar de todo, debemos rehusar buena mente, y modestia aparte.

Todo es relativo en este mundo, y hay categorías, más de las que V. supone. Sin ser sabio, puede uno no ser tonto, y según la teoría de V., pocos serían los que no llevasen este dictado un tanto durillo.

No pareció desagradarle á D. Restituto mi razonamiento, y ello debió preocuparle algo, pues se quedó un si es no es mohino y cabizbajo, sin atreverse á rebatirlo.

—Además, añadí; fíjese V. en que no todos los que pasan con más ó menos razón por tontos, carecen en absoluto de malicia ó algo que á ello se asemeje.

Hay tontos que no son tales, sino que se encubren muchas veces con esa especie de benignidad para mejor lograr sus propósitos.

—Esos son hipócritas y no tontos, me respondió D. Restituto con cierto aire de triunfo.

—Pues calcule V. que el hipócrita no merece figurar en el número de los sabios.

Y después de todo, creo yo que la tontería no existe. Podremos hallar alguno que otro imbécil; pero sobran los *cucos*, que las más de las veces llegan á poder reirse de los propiamente espavilados. Yo conozco seres que no han pasado nunca del nivel de lo menos que mediano, mejor dicho, que han podido justamente pasar por tontos de capirote, y no obstante, se ríen en mis barbas mientras ocupan una posición excelente, viéndome á mí hecho un pobre diablo con ribetes de *ilustrado* ó *inteligente*, según el vulgo, que es otra mezcla de inferioridades, medianías y excelencias con

categoría suficiente para expedir patentes de una y otra especie.

—Positivamente, casi me convence V., díjome D. Restituto después de un instante de vacilación.

Y añadió luego:

—Es más; á medida que lo pienso, voy encontrando la sinrazón del concepto por mí formado en un principio respecto á esta cuestión.

Y aun digo más; añadió el buen hombre con la mirada fija en el suelo y el pensamiento en otra parte: quizás los que pretendemos conocer que hay muchos tontos, somos los que, verdaderamente adolecemos de este defecto. Modifico mi parecer, amigo mío.

Y dicho esto, se disponía á dejarme.

—Oiga V. un momento: díjele cogiéndole de una mano. Pues que tan fácilmente se ha convencido V. del error en que incurría, ¿seré indiscreto con demostrarle mi extrañeza por su afirmación primera y su determinación de ahora?... ¿Cómo se concibe que un hombre como es V., amante de madurar sus juicios, haya afirmado de buenas á primeras que el mundo no es otra cosa que un hervidero de tontos, para venir luego, de una manera tan rápida, asintiendo á mis razones?

Miróme algo apesadumbrado y cariacontecido D. Restituto y me preguntó:

—¿Me promete V. no reirse de lo que le voy á decir?

—Diga V., se lo prometo.

—Pues voy á serle franco. Desde este momento pienso que no dejo de tener contraídos méritos suficientes para poder ganarme el dictado de tonto. Mi primera y principal tontería consistió seguramente en casarme con una joven á quien duplico en años.

Ahora bien: mi esposa tiene un primo. Esto, á simple vista, nada tiene de particular. Pero siga V. escuchando.

El primo en cuestión, que se llama Leandro y es todo un apuesto doncel, nos visita á menudo. Y es más, acostumbra á ser tan amable, que se gasta un dineral en obsequios á mi señora y se ofrece todos los días á quedarse en mi casa para distraerla mientras salgo á paseo, lo cual no podría yo verificar solo, á no ser por la condescendencia del primo.

Pero—y esto es lo que empieza á preocuparme,—yo consideraba al primo como á un tonto de solemnidad, porque Dios sabe lo que aburre el estar al lado de una mujer toda una tarde, cuando no media en ello ninguno de esos atractivos de lo amoroso y conquistable, y empiezo con lo dicho por V. á maliciar de los tontos habidos y por haber, que efectivamente, no todos deben ser lo que parecen.

No solté la carcajada por dos razones: primera porque así lo había prometido, y segunda porque me dió lástima el confiado esposo.

Lo que sí dije, pegándole suavemente unos golpecitos en el hombro:

—Amigo mío, vuelva V. cuanto antes á su casa y procure estudiar más á fondo eso de la tontería, cuyos efectos suelen ser perniciosos para ciertos individuos.

RÉGULO.

HONNI SOIT QUI MAL Y PENSE

¡Qué bonita está!, la miro
y me enamoro de verla;
blanca como nieve pura,
limpia como la azucena.

No hay quien deje de admirarla
ni quien deje de quererla:
los amigos me repiten:
«¡querido, excelente prenda!»

DE VERANO



—El mozo. ¿Qué va á ser?

—La mamá. Tres granizados y...

—Una niña. No mamá, no haces bien: son indigestos...

—La mamá. Entonces... ya avisaremos á usted.

—La otra niña. (En voz baja.) (Claro: si no viene Paco, ¿con qué pagamos, á ver?

Satisfecho, envanecido
de su forma tan esbelta,
de sus hechuras divinas,
de su bonita presencia,
cuidadoso la conservo
adornándola de veras
con botones de oro y nácar,
puntas de brillante y perlas.

Vanidoso en grado sumo
estoy chiflado por ella;
siempre luciendo conmigo,
junto á mi regazo puesta,
percibe cuantos suspiros
del corazón se disgregan,
y los ténues movimientos
del pecho, marcan en ella
ligeros pliegues que adornan
sus hermosas delanteras
de formas irreprochables,
bien trazadas y completas.

De día viene conmigo,
de noche la quiero cerca;
y junto á mi lecho pasa,
como serafín en vela,
las noches cuando ya el sueño
hace de mi cuerpo presa.

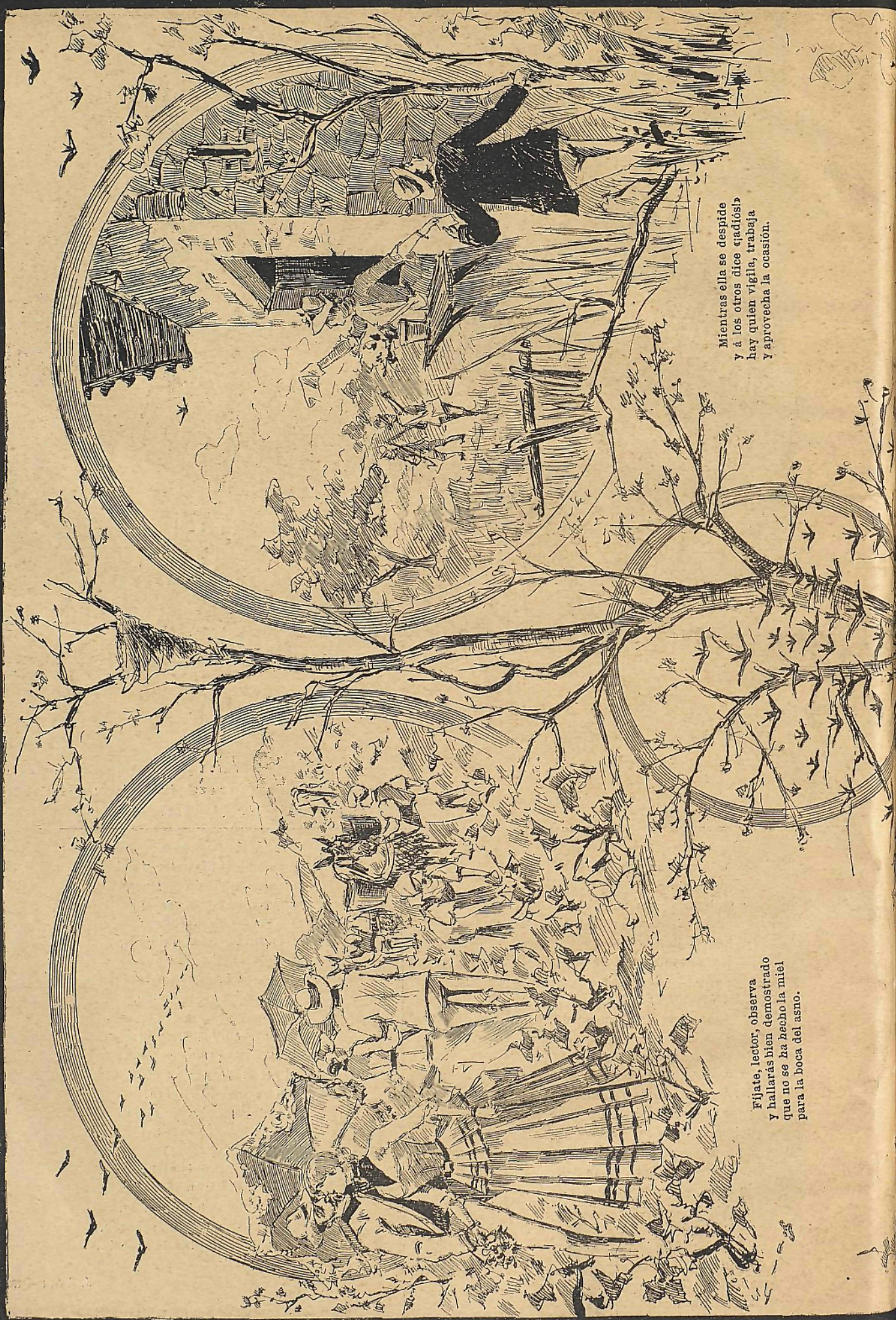
Y luego, cuando mi estancia
queda envuelta entre tinieblas,
como una visión nocturna
á mis ojos se presenta;
y á veces, en mi locura
ó en mi porfiada quimera,
salto del lecho, la cojo,
y aunque bufo ello parezca,
la verdad, señores míos,
es que duermo bien con ella.

¿Soy vanidoso?, aceptado:
tal vez será una simpleza
el preocuparme por cosa
tan quebradiza, ligera,
sin sentimiento, sin alma,
que no merece la pena;
pero así y todo, presumo
señores, que si la vieran,
se aficionaban ustedes
de lo lindo con mi prenda.

¡Qué gran camisa, señores,
la que uso en días de fiesta!...

J. LOPE-PINTO.

ADIOS A LA CAMPIÑA.—Por Flas



Fíjate, lector, observa
y hallarás bien demostrado
que no se ha hecho la miel
para la boca del asno.

Mientras ella se despidió
y á los otros dice quidiós
hay quien vigila, trabaja
y aprovecha la ocasión.



Si te hallas en tal caso,
lector, por Dios, vigila
que á tu mujer ninguno
le toque la barbita.

Mientras á la llega da
se dan besos y abrazos,
ditan los campesinos
la vega contemplando.
—¡Ay Dios mío, qué solos
se quedan los campos!

PERFILES, por PARERA



ESMERALDA CERVANTES

Talento, gracia y filantropía
 cautiva siempre del arpa al són;
 su mano arranca dulce armonía,
 y además de esta gran condición
 tiene otra cosa de más valía:
 buen corazón.

CHISPAZOS

En una reunión:

—¡Ay doña Teresita! Tengo malito, pero muy malito de la dentición á mi pobre Paco. Diez meses cuenta ya y no tiene un solo diente.

El niño Periquito:—Porque no hace como mamá: que se los compre nuevos y los tendrá bonitos.

—¡Caballero! no le perdono á V. la ofensa. Presumo habrá V. comprendido que es necesario ir al campo...

—¿Al campo?... Vaya V., si le gusta el verde.

—¿Por qué se llama un puro de estanco?

—Porque es *puro* veneno.

En el café:

—¡Caballero! que me ha pisado V. el callo.

—Y usted á mí.

—¿Cómo!

—Como que tengo una dureza de mil demonios en la planta del pié.

Pensamientos:

—El avaro cuida más de no gastar un céntimo que de ganar cien duros.

—El matrimonio es el absolutismo del hogar.

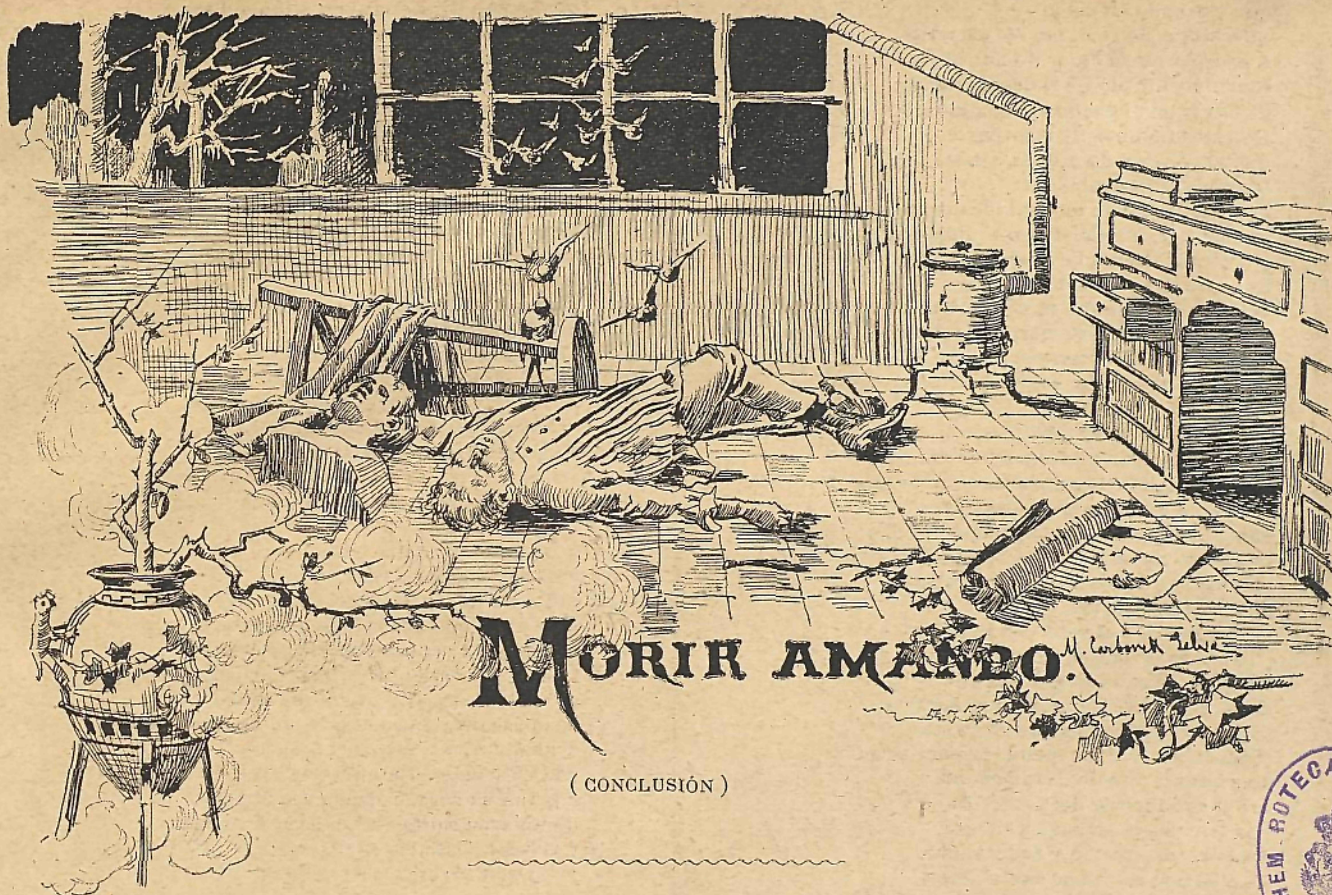
—La ciencia hace los sabios; el trabajo los buenos; la ignorancia los idiotas, y la vagancia los malos.

—¿Sabes de qué murió Paquita?

—De amores.

—¿Y con qué se cura esa enfermedad?

—Tomando duchas... de matrimonio.



(CONCLUSIÓN)

Así digimos al de veras triste,
añadiendo después: —Nos atrapaste:
hombre, ¿y puede saberse en qué consiste
que cantes hoy, tú que jamás cantaste?
Nada nos respondió! Salimos todos
comentando hecho tal de varios modos.
—Alguna avispa al pobre habrá picado
cuando tal ha cantado.
—Jamás mostrado había
semejante alegría.—
A lo que respondí con pena cierta:
—¿Alegría ó tristeza! ¿quién lo acierta?—

Algún tiempo pasó. Narciso, apenas
si de su humilde habitación salía;
las tiernas cantilenas
seguíamos oyendo cada día;
pero empeñados todos como estábamos
en descubrir la causa ó el motivo
de aquel cambio de vida que notábamos
en el artista agriado y pensativo,
nos propusimos de una vez dejarle
tan triste y preocupado,
y procurar el medio de acecharle,
á fin de conocer el resultado
sin dárselo á entender ni molestarle.
A los dos meses, ¡oh! en aquella cara
notábase la pena más horrenda.
El mármol que labrara,
de fijo no mostrara
tamaña rigidez. Pena tremenda
nos dió; mas de su genio sabedores,
á esfuerzos de la mente atribuimos
aquella expresión fiel de sinsabores
que hasta mucho después no conocimos.

Trascurrieron seis meses. El artista
era un cadáver puesto en movimiento.
El, tan sentimental, tan idealista,
por consecuencia lógica y prevista
debió ser presa al fin de un sentimiento,
de un idealismo arrobador, violento.
Se enamoró. Lo cual, según arguyo,
no es nada nuevo ni pecaminoso,

porque el amor, al cielo lo atribuyo;
mas el amor del pobre, como suyo,
debió ser algo extraño y tenebroso.
Amaba: ¿á quién? Ahí lo raro empieza;
ni él mismo, á buen seguro, lo sabría:
Admiró un rostro de sin par belleza,
pasajera visión, sueño de un día.
¿Qué más? nada, un recuerdo, una quimera,
un amor al vapor, una locura.
Ni una palabra sólo, una siquiera
no llegó á dirigirla. ¡Qué tortura!
ó mejor, ¡qué tontera!
Sólo un carácter como aquel, sensible,
soñador, visionario, atribulado,
pudo adquirir esa pasión risible
de amar, pero de un modo irresistible,
sin probabilidad de ser amado.
Alguien dijo que sí, que llegó á verla
dos, tres veces ó más; que la miraba
sin osar á indicarla, á conmovirla
pintándola el amor que le inspiraba.
Yo no sé, más lo cierto es que Narciso
de asaz amable se tornó saúdo;
de su taller, habitación ó piso
comenzó á no salir tan á menudo;
y apenas si al hablarle
de arte, de amor, de cielo y de poesía,
lograban despertarle
del estupor terrible en que yacía.
Sus fuerzas se agotaron lentamente,
sufrió al parecer horriblemente;
pero cobrando aliento indefinible,
empeñado en soñar en lo imposible,
púsose á trabajar con fiero empeño
ébrio de amor sin despertar del sueño.
Si, no á otro estado atribuirse debe
el loco concebir de un desdichado
que á perseguir se atreve
lo que ni el mismo cielo habrá logrado,
cual es el pretender que una hermosura
con alma negra entre impiedad metida,
admita la ternura
de un loco que al mirarla se intimida,



que elevando su vuelo
 más allá de lo real, tan sólo acierta
 á padecer en su amoroso anhelo,
 tomando por placer el desconsuelo
 de llevar en el pecho el alma muerta.
 En estos tiempos de positivismo,
 que al corazón domina la cabeza,
 lanzarse al fiero abismo
 de un extremado, imbécil idealismo,
 es cometer, por Cristo, una simpleza.
 Narciso trabajó, ciego, anhelante;
 la fiebre del delirio le azuzaba;
 su mano un sí es no es de vacilante
 sobre un montón de barro se posaba;
 y en su emoción enorme,
 mientras quería dar forma á lo informe,
 de sus rojizos ojos
 cual lángidos despojos
 saltaban ciertas perlas purpurinas,
 y en voz salida de un pulmón maltrecho
¡volverán las oscuras golondrinas!...
 cantaba el pobre en lágrimas deshecho
 Del barro aquel la masa pegajosa
 comenzaba á moverse por impulso
 de mano laboriosa
 que cercenaba al cabo con buen pulso.
 ¡Un busto de mujer! Hora tras hora
 Narciso, febrilmente, modelaba;
 de un rostro de hermosura seductora
 los contornos fielmente dibujaba.
 ¡Qué expresión! iba siendo la obra aquella
 una belleza plástica, un portento;
 era la producción del genio. En ella
 condensaba el artista su talento,
 númen, inspiración y sentimiento.
 Ya tenemos la causa; nos dijimos
 viéndole trabajar siempre incansable:
 es un artista de alma, repetimos,
 que sufre por crear lo irreprochable.
 Nos va á admirar á todos. ¡Qué escultura!
 lástima de carácter tan austero;
 verdad que según traza, esa figura
 no va á tener un pero.
 Y en tanto entusiasmados
 seguíamos mirándole alelados
 desde un balcón vecino,
 Narciso, que en su empeño no cejaba,
 iba entonando el canto aquél, divino
 por la profunda pena que inspiraba;
 mientras los pajarillos,
 haciendo coro al manantial de amores,
 saltaban y gorjeshaban ¡pobrecillos!
 de la ventana en el vergel de flores.

Llegó el otoño, principió el invierno,
 el cielo triste, el pájaro sin calma;
 el tiempo aquel en que lo puro y tierno
 se une y replega en un rincón del alma.
 Una mañana triste en que la nieve
 iba formando sábanas de hielo,
 una de esas mañanas en que llueve
 todo lo frío que nació en el cielo,
 estaba nuestro artista
 con el busto en cuestión ante su vista,
 fijo, como sumido, ensimismado,
 tal vez sin darse cuenta de su estado.
 Impelido quizás por su amargura,
 súbito, en un arranque de locura,
 abrazó el busto aquel con tal fiereza
 que dió con él al suelo de cabeza;
 y embotados, sin duda, los sentidos,
 seguían hombre y busto al suelo unidos,
 dando el primero besos al segundo
 con la efusión más gráfica del mundo.
 ¿A quién representaba
 el busto aquel que el infeliz besaba?
 No sé, mas he llegado á presumirlo
 y tengo por inútil el decirlo.
 Arreció el vendabal. En la ventana
 por donde entraba el sol cada mañana,
 algunas avecillas se veían

que, como de costumbre, allí acudían,
 mas no como otros días melodaban
 los plácidos murmullos
 de trinos con que al triste embelesaban.
 Las flores replegaban sus capullos,
 y algunas, secas, por el viento frío
 besadas y empujadas,
 rodaban para siempre en el vacío
 perdidas, deshojadas.
 Ciego de veras al dolor impio,
 las manos fuertemente entrelazadas,
 Narciso, levantóse
 y automáticamente suspirando,
 sumiso arrodillóse
 al cielo con los ojos penetrando.
 Las facciones del busto, humedecidas
 por lágrimas de sangre desprendidas
 del saco lagrimal donde nacieron,
 su perfección, su mérito perdieron.
 Oyóse un ¡ay! y un cuerpo desplomóse:
 los pájaros piaron tristemente,
 un grito de ¡Dios mío! repitióse,
 y llegando la noche lentamente
 confundió con su velo
 muerte y dolor, placeres, luz y vida
 y un alma que hacía Dios marcaba el vuelo
 por dardo agudo fieramente herida.
 Luego, el silencio sepulcral turbando,
 como lamentos de una brisa suave,
 suspiros de algún sér que muere amando
 ó plañideros trinos de algún ave,
 cantos confusos arrullar se oyeron
 cual notas arrancadas por ondinias
 de un arpa santa que al azar cogieron,
 y voces celestiales repitieron:
¡volverán las oscuras golondrinas!

S. GOMILA.

ANUNCIOS

ALMANAQUE CUPIDINESCO para 1887

POR

Felipe Pérez, Gomez de Ampuero, Dámaso Menos
 y Aureliano Gil

Ilustraciones de Cuchi-Arnau, Cilla, Aguado, etc.

Precio UNA peseta

De venta en esta Administración

LA FÉ DE LAS MADRES

POR

S. GOMILA

Precio UNA peseta

SOR LUZ, por el mismo autor

Precio UN REAL

Véndense en esta Administración

Imprenta y Litografía de los Sucesores de N. Ramirez y C.^{ta}—Barcelona